



ALEMANIA
MAS UNIDA QUE NUNCA



ONCE años se han cumplido el 30 de enero desde que el nacionalsocialismo, dirigido por la mente clara y la voluntad firme de Adolfo Hitler, asumiera el poder. La nación alemana, minada por la acción disolvente de turbias fuerzas políticas y sociales y oprimida por las injusticias y abusos del tratado de Versalles, se iba viniendo paulatinamente abajo. Pero en un momento crítico de su historia, el pueblo alemán, dando pruebas de singular vitalidad y de certero sentido político, supo reaccionar a tiempo y llevar a la Jefatura nacional a quien en pocos años había de redimirle de la servidumbre exterior y librarle de la peligrosa carcoma interna.

Durante los primeros años, dedicóse el nacionalsocialismo, con fanático entusiasmo, a una labor ardua de reconstrucción económica y social. Era necesario reincorporar a la vida del trabajo a siete millones y medio de parados, lastre enorme, que gravitaba cual peso muerto sobre la Nación en trance de asfixia.

La labor realizada en este sentido por el régimen alemán recién advenido al poder, carece de precedentes y perdurará en la historia de los pueblos como un milagro de voluntad y eficacia.

Cuando un día, tamizado el mundo de pasiones por la perspectiva del tiempo, se escriba la historia del nacionalsocialismo, las generaciones futuras se asombrarán ante la labor ingente realizada por unos hombres cuyo único norte fué el afán de redimir a su patria de la postración en que la sumieran catorce años de claudicaciones políticas.

Donde antes reinaran el caos y la descomposición, surge el orden justo y la disciplina rigurosa. La fe en sí mismo y en su destino histórico renace en el pueblo alemán. Su juventud, la mirada puesta en el porvenir, recobra la sonrisa.

Aumenta el pulso de la Nación y su ritmo científico, industrial, comercial y artístico, se acelera. En unos años, la labor realizada en todos los órdenes y actividades nacionales es tan enorme que si provoca asombro, también desata celos e inquietudes. Las fuerzas judaico-bolcheviques, extirpadas de Alemania en sana labor de depuración nacional, acechaban en la sombra para caer sobre la nación que las proscribiera de su suelo.



Y así, encarnando un día en los Gobiernos democráticos de París y Londres, se lanzan sobre Alemania, que sólo reivindicaba, en uso de un derecho sagrado e irrenunciable, lo que era suyo por razón de la historia y voluntad manifiesta de sus hijos.

El pretexto esgrimido por Inglaterra y Francia, que hoy suena a sarcasmo, para declarar la guerra al Reich y cor-

tar así el proceso de resurgimiento de éste, fué la defensa de las pequeñas naciones. Hoy, vicisitudes de la contienda y criminales alianzas obligaron a ingleses y norteamericanos a quitarse las caretas y a declarar sin ambages que su único objetivo es la total destrucción de Alemania.



La abnegación serena que las mujeres muestran en la retaguardia no es inferior al heroísmo combativo de los hombres que luchan en los frentes. Ellas ocupan los puestos que en el campo o en las industrias, en los transportes o en el comercio, dejaron aquéllos cuando les llegó la hora de empuñar las armas.



El Partido, por su parte, con su vasta y portentosa organización, sabe corresponder a esta actitud de entrega a la guerra de la Nación entera.



labora en las rudas faenas del agro y en la minuciosa y prolongada tarea del laboratorio y de la fábrica, y no quiere saber de ocio hasta que la victoria no llegue a ofrecérselo como el galardón de sus patrióticos desvelos.



Alemania es hoy un bloque acerado y nada ni nadie podrá abrir en él fisuras ni barrenar orificios.

La nación entera sabe hoy por qué lucha y cada cual, desde su puesto, se enfrenta serenamente con su destino y cumple con su deber. Dejaron de existir los intereses y las apetencias individuales, no hay sino un deseo y una voluntad unánime: la del pueblo unido.

Con este espíritu de hermandad se alivia la desgracia y se remedia el infortunio, que se acepta con resignación y serenidad. Se sabe que llegará un día en que todo será definitivamente restablecido y en que la victoria lograda compense con creces cuanto ahora se abandona.



Las madres lactantes y los niños de los territorios afectados por los bombardeos, son enviados a lugares apacibles, apartados de todo centro urbano, donde pueden vivir tranquilos. Todos los sectores de la Nación se encuentran asistidos y amparados por la organización del Partido, que lleva su obra de asistencia hasta el último rincón del Reich.

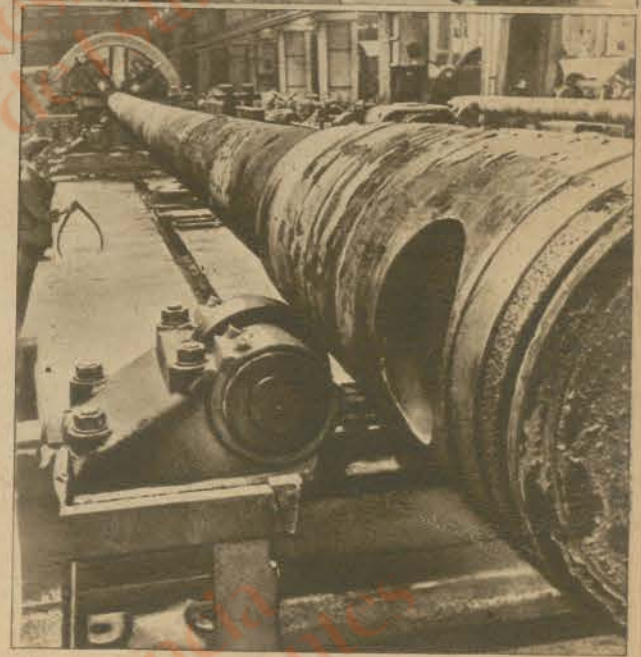
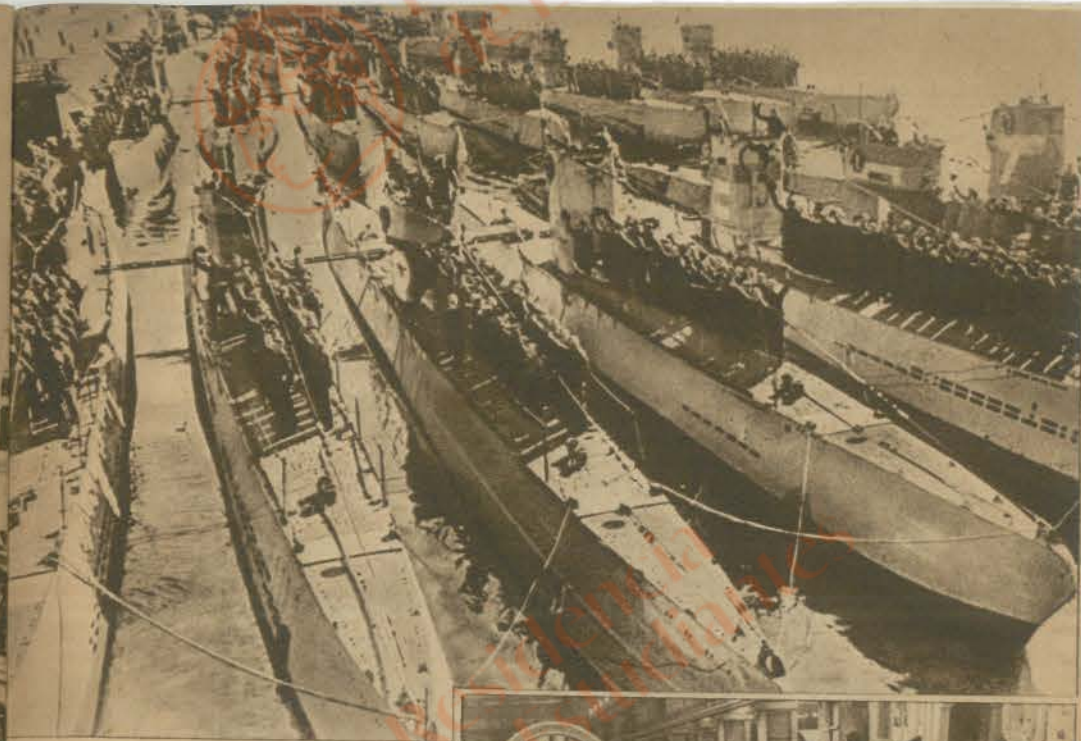
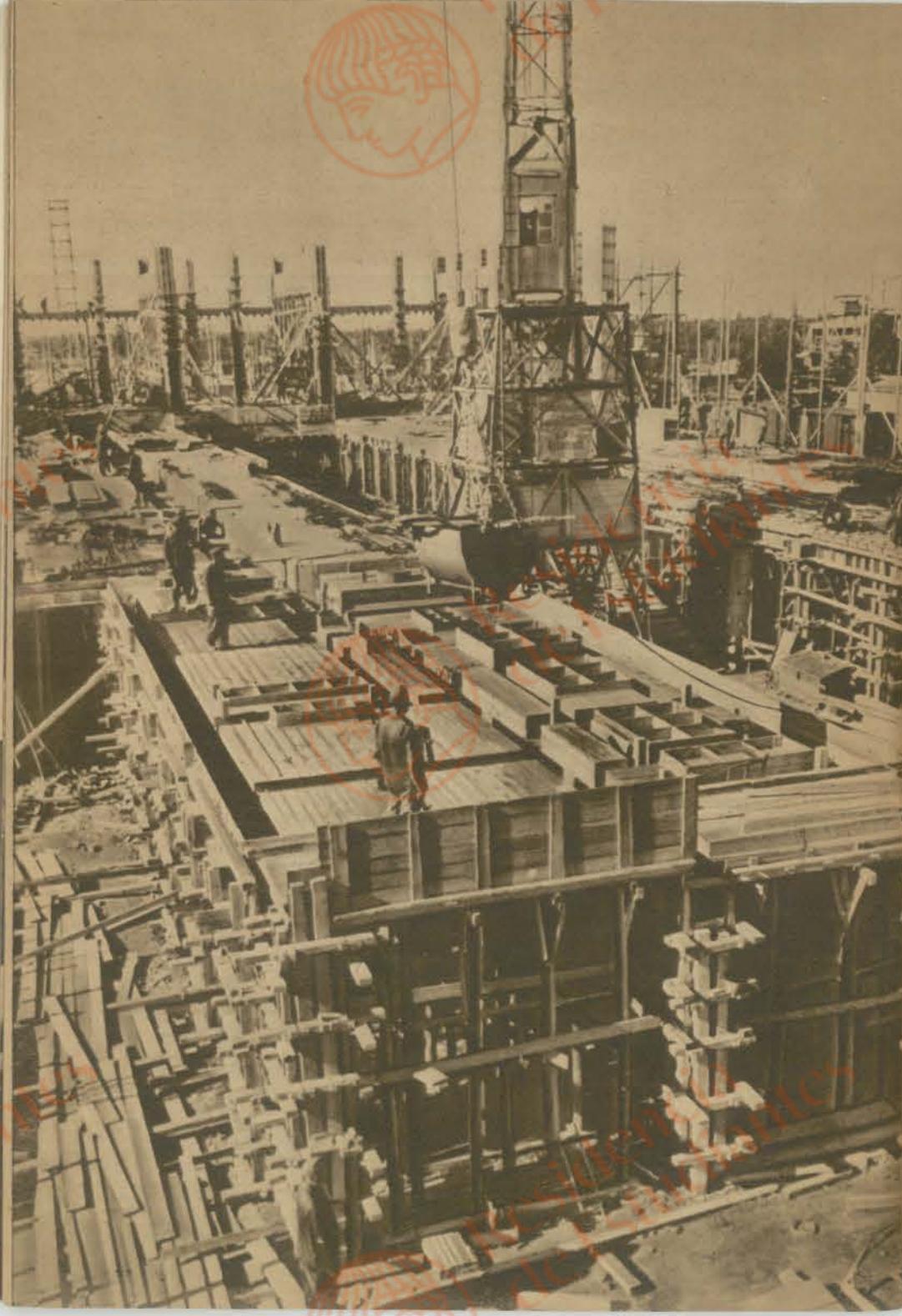


LA UNIDAD MORAL, FUNDAMENTO DE LA POTENCIA DE LOS PUEBLOS

La fuerza de los pueblos no depende tanto de su potencia bélica o económica, como de la cohesión moral de sus ejércitos y retaguardia. Sólo los pueblos en los que alienta una fe incommovible, los pueblos que se agrupan en torno a un ideal nacional superior son, en realidad, invencibles, ya que de su propia fe derivan estímulos y razones para la lucha.

En la retaguardia alemana se respira hoy el mismo ambiente de confianza y seguridad que en los frentes. Los hombres y mujeres realizan su quehacer con abnegación y entusiasmo, lo que redunda en beneficio de la potencialidad bélica de la Nación. Sabe el soldado alemán que no le faltarán armas, por costosas y complicadas que éstas sean, para que su heroico esfuerzo encuentre la compensación definitiva.





Miles de personas de ambos sexos se ofrecen voluntariamente para colaborar en la construcción de gigantescas defensas y poderosas armas, ante las que se estrellarán los propósitos del enemigo. Alemania, unida como jamás lo estuvo antes, será invencible.



Cuenta para ello con la legitimidad de la causa que defiende, con la cohesión y la voluntad de sus hijos, con su enorme producción de medios combativos y, sobre todo, con la confianza de que la Providencia ayuda a aquellos pueblos que más se merecen su apoyo.



En su última proclama dirigida al Ejército, Hitler dijo:

*«Imploramos la ayuda del Todopoderoso
para que juzgue a los pueblos y otorgue la
victoria a aquel que defienda la causa más
justa.»*